

—El mismo soy.
 —Esta tarde creí verte el pelo y la barba casi rojos.
 —Son ardidés de guerra necesarios en estas circunstancias.
 —Bien; ¿y cómo te llamas?

—Martin de Villavicencio Salazar, por nombre de combate Garatuza, y pariente vuestro, á lo que supongo por lo que toca á mi apellido materno.

Don Leonel hizo un pequeño gesto de disgusto, pero su hermano permaneció impassible.

—¿Hablaste con el príncipe?

—No; pero un emisario suyo llegó á la costa, y de él he recibido las cartas y las razones que he traído á su señoría.

—¿El príncipe fijó como seguro el día del ataque á la plaza de Acapulco?

—Sí señor, el 5 de Noviembre.

—¿Visitaste la plaza? ¿viste su guarnicion, sus elementos de defensa?

El Padre Salazar hacia todas estas preguntas con el aplomo de un veterano, y Don Leonel le contemplaba admirado.

—Estuve en la plaza—contestó Garatuza;—apenas contará para resistir una hora con cien soldados y pocas municiones.

—¿Estás cierto de ello? ¿lo viste ó te lo han contado?

—Vilo yo mismo, que con el pretexto de pedir una misa que habia ofrecido reunir de limosna por haberme salvado la Virgen de un gran peligro, entré á todas las casas y exploré detenidamente con los oficiales.

El Padre Salazar quedó meditando en silencio; Garatuza comenzó entonces á examinar detenidamente todo el salon.

De repente Don Alfonso miró á Martin y le dijo:

—¿Estarás dispuesto á volverte para Acapulco tan luego como sea necesario?

Quién era el viejo que habló con los hermanos Salazar y de qué trataron.

—ACERCATE—dijo imperiosamente el Padre Salazar.

El viejo subió á la plataforma y se sentó al lado de Don Leonel.

—¿Estamos solos?—preguntó.

—Sí.

—¿Puedo descubrirme?

—Puedes.

—En ese caso, me permitireis que me quite algunos arreos de guerra que en verdad me estorban demasiado.

—Haz lo que te parezca—dijo el Padre Salazar.

Don Leonel contemplaba todo aquello con admiracion.

El viejo con gran calma comenzó por quitarse una enorme peluca de canas, debajo de la cual tenia unas cintas que sujetaban su blanca barba, que se desprendió tambien; su cuerpo adquirió el vigor y la gallardía de la juventud, y el individuo completamente transformado, hizo á los dos hermanos una caravana entre seria y graciosa.

—Estoy á vuestras órdenes.

—¿Eres tú el hermano que llegó de Acapulco con noticias del príncipe?—dijo el padre.

—Seguramente, que tengo por allá á mi familia, y nada me agradaría tanto como eso.

—Bien; entonces está preparado, porque de un momento á otro puede ser necesaria tu marcha, y no dejes de ir todos los días á buscarme para recibir las órdenes correspondientes.

—Entiendo.

—Puedes retirarte.

Martin con mucha calma volvió á sujetarse las barbas, se acomodó la peluca, y tomando el aspecto de un viejo, salió de la sala como vacilando, y comenzando á representar su papel delante de los mismos que sabían que no era lo que aparentaba.

—Y bien, hermano—dijo Don Alfonso luego que quedaron solos;—¿qué te parece todo esto?

—Paréceme—contestó Don Leonel—que te hubiera sentado mejor el talabarte y la ropilla que la sotana y el rosario, que dotes tienes para haber sido un experto general, mas que un ejemplar obispo.

—Las circunstancias hacen á los hombres; pero dejando eso, que poco á cuento viene, deseara saber tu opinion sobre lo que has visto y acerca de los acontecimientos que se preparan.

—Poco he visto; pero á ser verdad cuanto aquí se ha dicho, y á poderse contar con la lealtad y el valor de los comprometidos, en duro trance podrán verse en esta tierra los servidores del rey de España.

—Tal creo.

—En cuanto al éxito que esto pueda tener, dudoso es como todos los lances de guerra, que la suerte decide mas que el valor y la pericia de los generales; pero los elementos que comprendo que existen son buenos.

—¿Es decir que tú no vacilas en ponerte á la cabeza de todos los hermanos?

—¿Vacilar? Aun cuando contárais con la cuarta parte de lo que teneis, aun cuando tuviese yo la seguridad de sacrificarme inútilmente, no vacilaría un solo instante en ponerme al frente de los hombres que van á luchar por la conquista de su dignidad: demasiado he sufrido desde que lleagué á México, demasiado comprendo ya lo que quiere decir esa palabra «criollo,» que llevo escrita en mi frente con letras de fuego, para vacilar un momento siquiera: la muerte es preferible al desprecio y á la deshonor; digo como vosotros, desde hoy que os he conocido: Tenoxtitlan libre!

Don Alfonso contemplaba con los ojos húmedos de placer el creciente entusiasmo de Don Leonel, y cuando éste acabó de hablar, no pudo resistir y le tomó la mano.

—Bien, hermano mio, bien; digno eres de la noble sangre de nuestra madre, digno eres de ser un descendiente del ilustre Guatimoczin: Dios te dará su fuerza; quizá seas llamado á dar libertad á esta tierra, arrojando de aquí los extranjeros que la oprimen.

—Pero pensemos ahora algo en los preparativos de ese día tan deseado: ¿con cuántos hombres podemos contar?

—Con tres mil decididos, sin hablar de los indios, de los negros, de los mulatos, y aun de los españoles que comprometidos en el negocio del tumulto, seguirán, aunque no sea sino por propio interés, nuestra bandera.

—¿Teneis armas suficientes?

—Todos nuestros hermanos están armados y construyen todos los días cartuchos para sus arcabuces y mosquetones; esto es lo bastante para dar aquí el golpe: despues el príncipe de Nassau nos proveerá; tengo por escrito la palabra de S. A. y no faltará á ella.

Don Leonel quedó meditando.

—¿Y si faltara?—dijo despues de un rato de silencio.

—Respondo de S. A. con mi vida: primero faltarian nuestros afiliados á su compromiso, que el príncipe de Nassau á su palabra.

En todo caso, valor y constancia—dijo Don Leonel.

—Que esa sea tu divisa—exclamó detrás de los hermanos una voz dulce y melancólica.

Don Alfonso y Don Leonel se pusieron en pié, pero Don Alfonso como quien mira entrar á una persona á quien espera, y Don Leonel como admirado de aquella aparicion.

Era una dama alta, enlutada y cubierta con un velo tan tupido, que no permitia ni entrever siquiera el brillo de los ojos.

—Sentaos—dijo la dama descubriéndose.

—Doña Juana de Carbajal!—exclamó Don Leonel conmovido.

—Nuestra tia—dijo Don Alfonso sencillamente.

Leonel dirigió la vista á los tres retratos, y no parecia sino que uno de ellos se habia animado, ó que Doña Juana de Carbajal habia servido de modelo.

—¿Habeis escuchado, señora?—dijo respetuosamente D. Alfonso.

—Todo lo he oido—contestó Doña Juana—y creo que pronto brillará el dia grande para los criollos.

Doña Juana se puso á mirar á Don Leonel, que no cesaba de pasar la vista de los retratos á la dama y de la dama á los retratos.

Veo y comprendo vuestra admiracion, Don Leonel, esos retratos que veis son de mi madre y de mis tias, Doña Leonor, Doña Isabei, y Doña Violante de Carbajal; nuestra familia conserva los rasgos fisonómicos de sus antepasados,

por eso observais esa semejanza y podeis admirarla tambien en mi hija Esperanza.

Don Leonel se estremeció al escuchar este nombre.

—Señora—preguntó indiscretamente—¿acaso esta casa es vuestra?

—Eso será una historia que sabreis mas adelante—contestó con dulzura Doña Juana.

Don Leonel calló avergonzado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"DON ALFONSO RIVERA"
No. 1623 MONTERREY, MEXICO

—En atencion no mas á que sois español, y á que tantos trabajos habeis sufrido, os permitiré que vivais unos dias en mi casa, á condicion de que restablecida vuestra salud, ó habeis de salir de ella si no estais capaz de trabajar, ó tomareis servicio en mi misma casa. ¿Os agrada?

El mendigo se atrevió á tomar una de las manos de Don Pedro y quiso llevarla á sus labios; pero Don Pedro la retiró con disgusto.

—Dejad. ¿Y cómo os llamais?

—Señor, despues de una gran desgracia que me aconteció y de mis grandes padecimientos, he hecho voto de llamarme Lázaro y olvidar el nombre que antes llevaba, hasta que Dios me saque de esta situacion y me vuelva á mi condicion primitiva.

—¿Erais rico?

—Y mucho.

—¿Noble?

—Y soldado del rey.

—¿De qué familia sois?

—Señor, ese es mi voto; pero os juro que á nadie, antes que á vos, descubriré el secreto el dia que sea llegado de decir lo que ahora por una penitencia oculto.

—Bien está, los votos son sagrados: seguidme.

Don Pedro de Mejía penetró en su casa, y el hombre caminando dificilmente, apoyado en un grueso y nudoso baston, le seguia.

—¿Hay algun cuarto por aquí abajo que esté vacío para alojar á este limosnero?—dijo Don Pedro á uno de los lacayos que andaban en el patio.

—Señor—contestó el lacayo—creo que hay una bovedita debajo de la escalera del segundo patio.

—Anda á mirar si es exacto eso.

VI.

En que el lector encuentra tres personas, que serán quizá conocidas viejas.

HACIA pocos dias que el rico caballero Don Pedro de Mejía habia hecho un acto de caridad que todo el mundo habia calificado como un milagro.—Esta era la historia.

Un domingo por la mañana al volver de misa, encontró Don Pedro en la puerta de su casa á un hombre que aunque al parecer jóven, estaba completamente estenuado por la enfermedad y la miseria.

Su rostro estaba cubierto por vendas que se cruzaban en todas direcciones, y es seguro que ni las mismas personas de su familia, si la tuviera, le hubieran conocido.

Su trage era solo un conjunto de girones, y por las roturas de su viejo calzado podian descubrirse sus piés sangrando y lastimados.

Aquel hombre debia haber pasado grandes trabajos y caminado muchas leguas á pié.

Al llegar Don Pedro, el hombre se acercó á pedirle una limosna y un asilo.

Mucho debió suplicar el uno y mucho debió conmovverse el otro, porque al fin Don Pedro dijo:

El lacayo volvió poco despues.

—Señor—dijo—está vacía esa bóveda, pero tan húmeda que el agua brota casi en la tierra.

—No le hace, siempre este hombre estará mejor así que viviendo en la calle; llévale, y avisa que yo le he mandado poner allí.

El acayo hizo una seña al mendigo, que le siguió cojeando.

Llegaron al segundo patio, y debajo de una escalera habia una pequeña bóveda, una especie de sótano, oscura, húmeda, fria, casi sin puertas, porque se cerraba con unas tablas que apenas cubrian la mitad de su altura.

El interior estaba lleno de basura, y el salitre invadia las paredes carcomiéndolas: era una habitacion indigna de un perro.

Aquel sótano, aquella caverna, fué la habitacion que Don Pedro de Mejía dió al pobre mendigo; y aquel rasgo de generosidad inusitada en él, causó una gran admiracion entre la servidumbre y los conocidos de Mejía.

Don Pedro no era lo que se llama un avaro; gastaba el dinero con profusion en carruajes, en criados, en muebles, en comidas en fin, en todo lo que podia hacer agradable la vida; pero en cambio era incapaz de hacerle un beneficio á nadie, ni de tender nunca la mano á un desgraciado; su corazon endurecido por la codicia y la sensualidad, no guardaba ni un lugar para la caridad.

Mejía no mostraba tener intimidad mas que con Don Alonso de Rivera, del cual apenas se separaba; comian siempre juntos, y Don Alonso estaba al tanto de los negocios de Mejía quizá como él mismo.

Así pues, todo el mundo extrañó, en vista de todo esto, que Don Pedro se hubiera tan fácilmente prestado á dar asilo al mendigo.

El mendigo tomó posesion de aquella especie de cueva

sin manifestar la menor repugnancia, y mostrando, por el contrario, la mas profunda gratitud.

El primer dia aquel hombre no salió de su habitacion para nada; los lacayos, los palafreneros, y en general todos los criados, pasaron repetidas veces por la mal ajustada puertecilla, para saciar su curiosidad, para ver á aquel hombre; un lacayo mas atrevido que los otros, entró con el pretexto de llevarle algo de comer, y salió contando que le habia encontrado en oracion y como en un éxtasis.

Verdad ó mentira, esta noticia influyó de tal manera en el ánimo de aquellas gentes, que comenzaron á ver desde entonces al mendigo con cierto respeto, advirtiendo en él gran semejanza con San Alejo, de quien refieren las crónicas cristianas que siendo un caballero rico y noble, se ausentó de su casa el dia mismo de su boda, y volvió despues de muchos años, á vivir de limosna á su mismo palacio, sin descubrirse ni á su esposa, que le lloraba muerto.

La servidumbre desde entonces comenzó á llamar al mendigo, no Lázaro como él habia dicho, sino San Alejo, y la fama del hombre santo traspasó los muros de la casa de Don Pedro de Mejía, llevada entre mil absurdas y fantásticas concejas por los criados, que la esparcian en la plaza y en las tiendas, adonde concurrían por sus mercancías.

Don Pedro en nada se afectaba por la conducta de su único protegido, y apenas llegaban hasta él las noticias de su santidad; sin embargo, un dia comenzó á poner mas atencion á resultas de una plática que con él y Don Alonso de Rivera tuvo un amigo de ambos, Don Carlos de Arellano, alcalde mayor de Xochimilco.

Don Pedro y Don Alonso comian tranquilamente en la casa del segundo, cuando los criados anunciaron á Don Carlos de Arellano.

Don Carlos, que habia estado ausente de la capital y viviendo en su provincia, llegó, como natural era, ávido de noticias, y entre las pocas cosas que preocupaban entonces los ánimos, se encontró con la historia del misterioso santo que habitaba en la casa de Mejía.

Al encontrarse con él en la casa de Don Alonso, hizo Don Carlos recaer la conversacion sobre aquel hombre, excitando mas su curiosidad la ignorancia, para él fingida, de Don Pedro y de su amigo Rivera.

—No comprendo—decia Arellano á Don Pedro—cómo es que un rumor que circula por la ciudad de boca en boca, os sea desconocido, cuando casi no hay una persona que de esto no se ocupe.

—Será como decís—contestó Don Pedro;—pero asegurados puedo que á mi noticia ni tal rumor ha llegado, ni es fácil que le dé asenso, que en tiempos estamos en que casi parece imposible ver un santo.

—Refiérese—insistió Don Carlos—que el misterioso huésped de vuestra casa ha hecho, á lo que comprenderse puede, voto tan extricto de pobreza y humildad, que difícilmente se encontrará un ejemplo en la historia, pues que vive menos que como un hombre, y casi como un perro, mostrándose, sin embargo, ser caballero de noble alcurnia y que parece haber tenido próspera fortuna en otros tiempos.

—En cuanto á su humildad y á la vida que lleva—contestó Don Pedro—no dudo que será como decís; que en tal estado le he visto, que quizá no le habrá tan miserable en toda la Nueva-España; pero que esto sea por un voto ó por una desgracia, como sucederle puede á cualquiera, no respondo, y menos hasta asegurar que haya sido noble y poderoso.

—Dícese que él os lo dijo á vos.

—Sí que me lo dijo; pero no está el todo en que él me lo dijese, sino en que fuera cierto; que yo ni le creí, ni me curé tampoco de hacer que me rindiera informe de pureza de sangre: admitílo en mi casa, movido mas por lástima y como buena obra en descargo de mi conciencia y en abono de mis muchas culpas, que porque en él mirase un hombre de gran mérito y en olor de santidad; y si hablaros he la verdad, casi casi siento haberle dado asilo, que será quizás algun santón, haragan y mal entretenido, mejor que un hombre digno de compasion; y en un dia de estos le planto en la calle para que vaya á edificar á otra parte con sus virtudes.

—Mal haríais; y no seria yo quien tal cosa os aconsejase—dijo Don Alonso;—que creida como está por la gente semejante historia, quizá se os tacharia de hombre sin piedad y poco cristiano con semejante disposicion: ese hombre quizá no será culpable de que tales voces se hayan esparcido por la ciudad, y le aplicaríais una pena que no merecia él, sino los criados mismos de vuestra casa, que son los que deben haber esparcido estas noticias.

—Teneis razon—dijo Don Pedro;—pero en todo caso, bueno será vigilar á nuestro hombre para no perjudicarlo sin razon ni permitirle que siga engañando con su falsa virtud.

La conversacion siguió entre los tres sobre diversas materias, y cerca ya de las oraciones de la noche, D. Pedro, acompañado de Don Alonso, llegó á su casa.

Preocupado con la idea del mendigo por la conversacion de la mañana, hizo llamar inmediatamente á su mayordomo para tomar informes; pero nada pudo sacar en limpio, sino que aquel hombre para nada semezclaba con los cria-

dos, y que ó se salía á la calle, ó permanecía encerrado y solo en su pequeña y triste habitacion.

Don Pedro encargó al mayordomo que le hiciera vigilar escrupulosamente, y le diese cuenta de todo cuanto respecto de él se observase.

Desde aquel momento Don Pedro no volvió á pensar mas en Lázaro, pero se estableció por el mayordomo de la casa una especie de policía que acechaba hasta sus mas ligeras acciones y sus palabras mas insignificantes.

A pesar de esto, nada pudieron sacar en limpio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. YRIGORRI"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII.

De lo que pasaba en la casa de la calle de las Canoas.

La casa de la calle de las Canoas que conoce el lector, habia sido desde que pasó á vivir en ella Doña Juana de Carbajal, una casa verdaderamente misteriosa; jamás se habian visto llegar á ella mas visitas que Don Alfonso y Don Leonel de Salazar; pero desde que el primero tomó las sagradas órdenes y el segundo fué enviado por su padre á España, ninguna persona, á excepcion del viejo portero, una negra esclava, vieja tambien, y una dueña, volvió á atravesar el dintel de aquella sombría habitacion.

Al principio los vecinos tuvieron curiosidad de saber lo que adentro pasaba, y acechaban el momento de abrirse el zaguan para pasar por el frente, pero no descubrian mas que un patio desierto. Otros observaron por las azoteas vecinas, y jamás pudieron alcanzar otra cosa que corredores y pasillos solitarios, y ventanas y puertas cerradas por viejos batientes de madera; nunca un ruido, una voz, un grito, denunció la presencia de sus habitantes; nunca una luz vino á deslizarse por la noche al través de una de aquellas puertas.

Aquella casa parecia estar abandonada ó habitada solo por espíritus, porque los criados de las casas vecinas observaron que no se habian visto jamás salir por las chimeneas esas columnitas azuladas de humo que son como la respiracion, como el aliento de la vida en las habitaciones.

Por fin pararon los curiosos en no ocuparse mas de la «casa colorada,» como la llamaban, por estar construida toda de esa piedra especie de lava, de espuma ígnea que se llama en México *tezontle*.

Doña Juana de Carbajal y su hija Esperanza vivian solas, sin mas servidumbre que el viejo portero á quien ya conocemos, una esclava vieja y negra, que los vecinos habian visto salir, y una dueña.

Doña Juana y su hija habitaban en dos piezas diversas, y no tenian mas aposentos comunes á ambas que la sala en que vimos hablar á Doña Esperanza con su primo, y el comedor de la casa.

La cámara de Doña Esperanza no tenia mas que una ventana que caia á un patio interior, y la puerta que comunicaba con el resto de las habitaciones; pero la de Doña Juana se comunicaba, ademas, por una puertecilla secreta, con un aposento en donde se veian muchos libros, manuscritos, armas y trages de los antiguos pobladores de la tierra, y algunos grandes arcones de encino con cinchos de hierro y enormes chapas y cerrojos del mismo metal.

A esta especie de museo-biblioteca Esperanza habia penetrado muchas veces, porque allí pasaba Doña Juana la mayor parte del dia y de la noche; pero Esperanza jamás habia pasado de allí, aunque habia notado abierta algunas veces una puertecilla que conducia á una parte de la misma casa que no tenia comunicacion con el resto de ella sino por allí.

Aquel era el secreto de Doña Juana, que no permitia penetrar ni á su hija misma, reprimiendo con una mirada severa la menor muestra que ella daba de curiosidad.

Algunas noches Doña Juana se despedia de su hija mas temprano de lo que acostumbraba hacerlo, y entrándose en aquella biblioteca se encerraba por dentro, y Doña Esperanza no volvia á verla hasta el dia siguiente á la hora del desayuno.

La pobre niña pasaba una vida bien triste, pero estaba resignada, casi siempre sola en aquella casa tan triste, sin mirar siquiera la calle, sin flores, sin pájaros, sin ninguna de esas cosas que causan el placer de los niños, sin ver mas que el cielo azul ó nebuloso por encima de los muros de la casa. Doña Esperanza vivió como una flor en un cementerio, sin que nadie admirase su belleza, sin que nadie comprendiera el perfume delicado de su alma.

Muy jóven, casi niña, amó á su primo Don Leonel; partió éste y su corazon quedóse solo; pero aquel amor en vez de extinguirse con los obstáculos, creció en la soledad, y se hizo una necesidad para ella el pensar todos los dias en su primo; y la niña hecha jóven, guardaba con una especie de veneracion religiosa, ya una flor que le habia dado Don Leonel, ya un adorno del vestido del jóven, que se habia caido en uno de sus juegos de niños.

Doña Juana lo comprendió todo, porque como habia dicho á su hija, las madres adivinan, y habia puesto todo su empeño en destruir aquel amor, en apagar aquella naciente pasion.

Doña Juana amaba á Don Leonel como á un hijo; le parecia valiente, noble, generoso, digno en fin, de ser el esposo de Doña Esperanza; pero Doña Juana guardaba terribles tradiciones de familia, que le hacian ver con horror un ma-

trimonio entre Leonel y Esperanza, porque queria ver terminar, acabar su familia, porque su imaginacion le presentaba una calamidad cirniéndose siempre sobre su raza y descargando su brazo sin piedad en cada generacion; y á fuerza de súplicas y de razonamientos, habia logrado arrancar de su hija la promesa de renunciar al amor de su primo y de no amar jamás á ningun hombre.

Doña Esperanza hizo á su madre esta promesa enmedio del llanto, porque se arrancaba con ella hasta la última esperanza de felicidad.

Se creyó fuerte para cumplirla, y pensó que podria aún volver á ver á Don Leonel sin temor ninguno, como podria ver á un amigo, cuando mas á un hermano.

¡Cuánto se engañaba!

Don Leonel volvió, y entonces no era ya el adolescente de mirada tímida y de pudorosas indicaciones de amor: no; era ya un jóven arrogante, esbelto, lleno de fuego y de pasion, de palabras ardientes y apasionadas; no era el niño que venia á solicitar un amor naciente, era ya el hombre que exigia la correspondencia de una pasion alimentada en la ausencia, nutrida por el infortunio, probada por la constancia.

Doña Esperanza quiso resistir aquella fascinacion, quiso hacer creer á Don Leonel que todo aquello habia sido un juego, una niñería; quiso fingir que no creia en aquel amor; pero en el fondo de su alma conoció que aquella pasion existia, que su primo le hablaba con el corazon y con la verdad; ella le amaba, y en aquellos momentos, y luego cuando Doña Juana se retiró y la dejó sola, Esperanza comprendió que su promesa habia sido terrible, superior á sus fuerzas, y que no podia cumplirla.

Sentada en el taburete, reclinada en el asiento del sitial que habia dejado su madre, lloró por largo tiempo, hasta

que volvió Doña Juana una hora despues á buscarla.

La noche habia cerrado ya y el aposento estaba envuelto en las sombras, y Doña Juana no vió á Esperanza y tuvo que llamarla.

—Esperanza, Esperanza—dijo dulcemente Doña Juana.

—Madre—contestó la jóven.

—¿Qué haces, hija mia?

—Oraba.

—¿Orabas?

—Pidiendo á Dios valor y resignacion.

—Él te escuche, hija mia, y aparte de tu frente la tempestad.

—Así se lo suplico.

—Pero es ya tarde, hija mia, retírate á tu aposento.

—¿Os vais ya?

—Sí, Esperanza, me siento mal; necesito descansar, pero quiero antes mirarte ya recogida.

—Vamos, madre mia.

Doña Juana tomó á su hija de una mano, la levantó, y al besarle la frente sintió que lloraba.

—¿Lloras, hija mia?

—No me es posible contenerme.

—¡Pobre Esperanza! Lloras hoy para no tener que llorar mañana; lloras por la pérdida de tus ilusiones, pero no gemirás sobre la deshonor de tus hijos.

Doña Esperanza sollozaba en la oscuridad.

—Vamos, hija mia, dijo Doña Juana acariciándola, y pasando su brazo por el cuello de su hija, la condujo suavemente hasta su cámara.

—Adios, hija mia, hasta mañana; Dios te haga feliz.

—Hasta mañana, madre—contestó Esperanza besándole la mano.

Doña Juana salió cerrando la puerta y Esperanza se arrojó sobre su lecho, diciendo:

—¡Qué desgraciada soy! Mi madre tiene razon; pero le amo, le amo.

Doña Juana se encerró por dentro en su cámara, sacó de una caja un tupido velo negro, y cubriéndose con él salió por la puerta secreta de la biblioteca y al través de algunas estancias desiertas, hasta que llegó á un patio en donde sacando una pequeña llavecilla, abrió una puerta que volvió á cerrar y se encontró en la calle.

Media hora despues entraba, tambien por una puerta secreta, á la casa de la calle de Ixtapalapa donde se reunian los conjurados, y aparecia á los dos hermanos en el momento en que Don Leonel menos se lo esperaba.

Doña Esperanza lloraba entretanto sin consuelo encerrada en su cámara.

VIII.

Lo que pasó en México el 3 de Noviembre de 1624.

Las noticias del tumulto de México contra el Conde de Gelvez llegaron á España tan oportunamente, que cuando se presentó en la corte el alférez real Don Cristóbal de Molina para informar al monarca de lo que habia ocurrido en la Nueva-España, ya Felipe IV sabia que su muy noble y leal ciudad de Tenoxtitlan se habia alzado contra su virey, que le habia despojado del mando y perseguido hasta hacerle ocultar en un convento, y que la Audiencia gobernaba la colonia.

Felipe IV comprendió el inmenso peligro que su autoridad estaba corriendo en México, y lo fácil que seria despues del paso que habia dado la colonia, con tanta facilidad y tan poca resistencia, avanzar un algo mas y pretender la independencía, separándose de la metrópoli.

Mil rumores llegaban hasta los oidos del monarca español, y le indicaban que tenia razon en los temores que le asaltaban: hablábase de alzamiento de indios, de sublevacion de negros y de conspiraciones mas ó menos ramificadas de los criollos; el ánimo real estaba inquieto, y decidió poner á todo un pronto remedio.

Por esto cuando llegó el alférez real á la corte, se encontró ya con la noticia de que Su Majestad habia nombrado virey y capitán general de la Nueva-España á Don Rodrigo Pacheco Osorio, marqués de Cerralvo, enviando á México en su compañía y con el carácter de juez pesquisidor para proceder á la averiguacion de todo lo relativo al tumulto, á Don Martin Carrillo, inquisidor de Valladolid.

El nuevo virey se puso inmediatamente en marcha para México en union del juez pesquisidor.

Era el 3 de Noviembre de 1624.

Las calles principales de la ciudad de México, se vestian de arcos y de cortinas, los ricos ponian en sus balcones aparadores en donde se ostentaban soberbias vajillas de plata y oro, y toda la poblacion estaba inquieta.

En aquel dia debian hacer su entrada solemne el nuevo virey marqués de Cerralvo, y el inquisidor de Valladolid.

Desde muy temprano las gentes circulaban por las calles que debia atravesar el virey, procurando los unos tomar un buen puesto para ver desfilar la comitiva, paseando otros para ver á las damas que se asomaban á los balcones y para lucir sus trages de gala.

Soberbias cabalgatas pasaban de cuando en cuando con direccion á la garita, para esperar á los ilustres viajeros y aumentar su séquito.

El cabildo y las autoridades de la ciudad no fueron de los últimos en acudir, y cuando el virey se presentó, habia ya un inmenso y lucido concurso que le esperaba.

El marqués de Cerralvo atravesó las calles enmedio de vítores y flores; las campanas de las iglesias repicaban á vuelo, y los cohetes se cruzaban en todas direcciones. Parecia aquello una verdadera ovacion popular, y sin embargo, un observador cuidadoso podria haber advertido que aque-

llas manifestaciones tenian mas de aparentes que de cordiales.

Gritaban los muchachos, echaban flores algunas mujeres desconocidas, y lanzaban cohetes los hermanos de las cofradías y los esclavos de algunas *casas grandes*; pero en el fondo habia en todo el mundo cierta inquietud, cierto temor, cierto malestar.

El clero miraba aquello con frialdad. La Audiencia manifestaba recelo, el pueblo en lo general no hacia grandes demostraciones de alegría, y solo el cabildo de la ciudad se empeñaba en demostrar su regocijo.

Era que todos los corazones estaban inquietos, porque todas las conciencias acusaban. Era porque no se celebraba allí la entrada del virey, sino la llegada del juez, y aquel dia se consideraba por todos como el principio de las averiguaciones, como el anuncio del proceso, como el prólogo de un gran drama que debia sin duda terminar en terribles ejecuciones contra los culpables en el célebre tumulto de la ciudad contra el virey de Gelvez.

Enmedio de la muchedumbre pudieran haberse observado algunos hombres de fisonomías tristes y preocupados al parecer en el desempeño de alguna comision, que pasaban de uno á otro grupo de curiosos observando las conversaciones y promoviéndolas de cuando en cuando.

Estos hombres iban vestidos con diferentes trages que nada tenian de comunes entre sí, y sin embargo, parecian reconocerse todos; y cuando uno de ellos pasaba cerca del otro, llevaban cortesmente la mano á sus sombreros, y algunas veces podia escucharse que alguno de ellos decia:

—Buenos dias.

Sin embargo, examinándolos mas detenidamente, podia observarse que todos ellos llevaban un anillo de oro, ó de

plata ó de hierro, en el dedo índice de la mano izquierda, y procuraban mostrárselo mutuamente con el mayor disimulo como un medio para reconocerse.

La multitud, á pesar de todo, nada notaba.

Pasó la comitiva; la concurrencia comenzó á dispersarse y las calles á quedar mas tristes que de costumbre; á la facticia alegría de la fiesta sucedia el temor del porvenir; cada familia temblaba por alguno de sus miembros mezclados mas ó menos en el negocio del tumulto, y cada familia veia un peligro en la llegada de los nuevos gobernantes.

Las calles estaban ya desiertas, y solo por la que tenia ya desde entonces el nombre de Tacuba, se veian caminar dos personas que sostenian por lo bajo una animada conversacion.

Eran Don Leonel y su hermano el Padre Salazar.

—¿Has visto, hermano—decia el Padre—cuán seguras han sido mis predicciones? El pueblo no está contento, y teme y siente la llegada del virey.

—¿Pero esos cohetes, esas flores, esas músicas?.....

—Engaño, comedia; el pueblo se habia comenzado ya á acostumar á no tener virey, y esto es para nosotros una ventaja.

—En tal caso, háse perdido el tiempo; que buena oportunidad era dar el golpe antes que llegase el de Cerralvo.

—Por el contrario, si el pueblo estaba contento con no tener virey, el mejor instante es cuando le viene de nuevo, cuando está disgustado, cuando mucho teme y nada espera, cuando van á desatarse las persecuciones; entonces es la hora de obrar, y por eso la escogí yo como mas oportuna.

—Tienes razon; y creo que esta noche, por lo que digan nuestros agentes, podremos formar mejor juicio de lo que pasa.

—Así será en efecto.

Llegaban á la sazón á la calle que pasaba tras de las casas del marqués del Valle.

Don Leonel se detuvo.

—Hermano, aquí me separo de tí.

—¿Nos veremos en la tarde?

—Nos veremos. Adios.

Se estrecharon las manos; el Padre Salazar siguió de frente, y Don Leonel tomó á la izquierda el rumbo de la calle de las Canoas, y poco despues llamaba á la puerta de la «casa colorada.»

Subió la escalera y se dirigió á la puerta de la sala en que habia encontrado la víspera á Doña Esperanza.

Iba á llamar, cuando la puerta se abrió y apareció Doña Esperanza misma; le aguardaba.

La jóven le tendió la mano y Don Leonel se la besó con respetuoso cariño.

—Pasad, primo mio—dijo Esperanza conduciéndole de la mano como tenia de costumbre hacerlo—pasad y hablaremos, porque creo que vendreis hoy mas razonable y juicioso que ayer.

Al decir esto sonreia dulcemente.

—Esperanza, ¿qué quereis que os conteste? ¿llamais tener juicio á no amarnos? Es imposible entonces que lo tenga; ¿á no decíroslo? callaré porque vos lo quereis.

—Hay cosas, primo, que vale mas callarlas toda la vida.

—¿Aun cuando causaran la muerte?

—Cosas hay peores que la muerte.

—¿Cuáles?

—La deshonra y la infamia.

—Esperanza, ¿creeis que mi amor os deshonraria?

—No, Leonel, pero nos haria muy desgraciados.

—Explicaos, Esperanza, por Dios; ¿no me amais?

—¡Ojalá no os amara!

—¿Luego es decir que me amais?

—Os amo, Leonel, os amo mas que á mi vida, os amo, y en vano quiero reprimir este amor en mi pecho, en vano pretendo ahogar esta pasion, porque ese esfuerzo es superior á mis fuerzas y me domina, y tengo á mi pesar que confesar esto.....

—¡Esperanza! ¡Esperanza! me dais la vida, soy feliz.....

—No, Leonel, no, no sois feliz, ni lo soy yo tampoco, porque este amor debe morir aun cuando nos costara la vida sofocarlo: no seré vuestra nunca, ¿lo oís? nunca.

—¡Nunca! ¿Y por qué? ¿Quién pudiera impedirlo?

—Dios, mi patria, mi conciencia: yo no puedo ser vuestra esposa para legar á mis hijos la deshonra, la esclavitud, la afrenta, Don Leonel; yo desciendo de judaizante, y vos y yo somos criollos: ¿cuál será el porvenir de nuestra familia? Don Leonel, ¿habeis pensado alguna vez en esto?

—Angel mio, todo lo comprendo; tu alma vírgen, pura, inteligente, se ha remontado mas allá, en su vuelo, de lo que sienten las almas vulgares; libre tu pensamiento, tiembblas ante la idea de la esclavitud de tus hijos, ¡oh alma del alma mia! Tienes razon, te comprendo, y te juro, luz de mi vida, que no pensaré en que seas mia sino hasta el dia en que un rayo de gloria borre para México tantos años de servidumbre; y ese dia llegará, Esperanza, llegará, ó moriré en la demanda.

—Leonel, Leonel, ¡oh, qué hermosas palabras! ¡cuánto te adoro así, grande, valiente, noble; así, pensando tocar el sol, elevándote como el águila que servia de emblema á nuestros abuelos! Leonel, si murieras, moriria yo, pero moriria

contenta sobre el sepulcro de un héroe, y viviria triste bajo el techo de un hombre deshonorado.

—Bien, hija mia, bien—dijo Doña Juana presentándose en la sala;—eres digna de la noble sangre que circula por tus venas, eres digna de ser esposa de Don Leonel de Carbajal. Hijos míos, Dios os bendecirá, y alguna vez podreis ser el uno del otro; y el dia en que el águila vuele libre de sus cadenas, agregó con marcada intencion y mirando á Don Leonel—Esperanza será la esposa de Leonel.

—¿Me lo jurais, señora?—dijo Don Leonel con entusiasmo.

—Lo juro.

—Dios os bendiga, madre mia.

Y Leonel y Esperanza se arrojaron trémulos de alegría en los brazos abiertos de Doña Juana, y permanecieron estrechados por algunos momentos.

—Ahora—dijo Doña Juana—es preciso que os separeis, que no os veais con frecuencia, para que nada diga el mundo y para que el amor no distraiga el cerebro del hombre de atenciones mas importantes. Don Leonel, despedíos de vuestra prometida y seguidme.

Don Leonel tendió su mano á Esperanza, que la estrechó con pasion; luego depositó un casto beso en la frente de la doncella, y siguiendo á Doña Juana penetró con ella en la biblioteca.